

Movilizaciones 2011: Reflexiones para el caso de Chile y Estados Unidos

BY FRANCISCO ALVAREZ¹, RODRIGO AVILÉS¹ AND TYANNA SLOBE²

¹PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE, ²COLORADO STATE UNIVERSITY

English translation follows

Sin duda que el año recién pasado remeció las conciencias de muchos de nosotros. Varios pudimos ser protagonistas de las movilizaciones en nuestros países, pero también, acompañados de las ventajas de difusión e inmediatez que nos brindan las redes sociales virtuales, pudimos ser además testigos de innumerables movimientos sociales, en diversos países, que se manifestaban por distintas razones, y siempre adquiriendo un gran protagonismo social y político.

Fue tanta la masividad y protagonismo de estos movimientos sociales, que incluso la revista "The Times" escogió al "Manifestante" como el personaje del año. Y por ello también hoy, estudiantes de Chile y Estados Unidos, reflexionamos sobre las características de nuestros movimientos y sobre los alcances sociales y políticos que tuvieron o pueden adquirir poniendo atención tanto a las similitudes como a las diferencias. Pero entendiendo sobre todo que más allá de las particularidades de cada movimiento social y de los problemas específicos de cada país, el 2011 puso en evidencia que el modelo de desarrollo que llegó a implementarse de manera hegemónica en el mundo después de la guerra fría, comienza a presentar fisuras y es susceptible de recibir fuertes y masivas críticas.

En el caso de Chile, por ejemplo, la emergencia de los movimientos sociales se ha suscitado con una enorme rapidez, generando movimientos (todos diferentes entre sí) que no dejan de impresionar y que son reflejo de la apertura de un nuevo ciclo político y social. Desde la "guerra del gas" – levantamiento ciudadano hace aproximadamente un año en Punta Arenas, ciudad ubicada en la Patagonia chilena – los diversos movimientos sociales se han multiplicado, expresados en distintas formas, y con un contenido de fondo que ha sido cada vez más profundo en su crítica al modelo de desarrollo. Movimientos ambientalistas, por la vivienda, salud, de trabajadores del puerto (portuarios), estudiantiles, regionalistas, etc., todos marcaron la pauta del año recién pasado y comienzan a marcar la del que comienza.

Junto a la rapidez con que han emergido, se ha constituido un camino de maduración que resulta evidente en la profundidad y la amplitud de las demandas en torno a las que se organiza movimiento social. Se ha llegado a lograr en algunos casos la com-

presión de que la demanda social no puede ser solo por temas específicos, puesto que el problema que nos aqueja es fruto del conjunto del modelo socioeconómico y político.

En relación con lo anterior, el ejemplo más claro es el del movimiento estudiantil del 2011, cuyas demandas implicaban cambios estructurales en el sistema educacional chileno. Nuestro reclamo no era – en términos directos – porque las becas fueran insuficientes o nuestros aranceles universitarios demasiado altos. Efectivamente son problemas que nos aquejan, pero en la práctica los comprendimos como reflejo de algo más, como la "punta del iceberg" de un problema mucho más profundo, que en realidad corresponde al cómo está diseñado el sistema educacional chileno. Por eso fue que se promovieron transformaciones – como la Gratuidad en la educación pública – que en definitiva apuntaban a expulsar las lógicas del "sistema de mercado" del lugar central que ocupan hoy en nuestro sistema educacional. Es decir, nos movilizamos comprendiendo que la privatización de la educación y el rol subsidiario que asume el Estado – fenómenos que son parte de lo mismo – no han generado el desarrollo que se había prometido, sino que

por el contrario, han contribuido a forjar aún más diferencias en nuestra sociedad, generando una brecha gigantesca entre el tipo y calidad de educación que se recibe, según el origen social del estudiante.

La crítica que los estudiantes chilenos hacíamos al modelo de educación, significaba también una crítica al conjunto del modelo socioeconómico, ya que éste, actualmente, se caracteriza por la concesión de proyectos públicos a empresas privadas, el subsidio a la demanda, y la privatización de los servicios públicos, elementos que – sobre todo los últimos dos – encontramos muy presentes en nuestro actual sistema educacional. Lo que significa que cuando el año pasado nos movilizamos a favor de la educación pública, gratuita y de calidad, lo que hacíamos era también romper con algunas de las premisas básicas del actual modelo socioeconómico, ya que si éste se concentra en la entrega de subsidios a la demanda en educación y en la inversión privada dentro de la educación superior – universidades –, cuando nosotros nos movilizamos porque la educación pública sea gratuita y porque



"I would rather die than live in an unconscious society"

Photo by: Tomás Vasconcelo, La Universidad de Valparaíso—Taken in Valparaíso, Chile



Photo by: Brenna Reagan, University of Connecticut – Taken in New York, New York

se controle, desde el Estado, los proyectos privados en educación superior, estábamos –en el fondo– poniendo un freno a que el modelo educacional se siga desarrollando en concordancia con lo que plantea –en su conjunto– el actual modelo socioeconómico.

Asumiendo también, que no es sólo que ese supuesto de la mejoría en la calidad por la competencia privada no se corrobore en la realidad de nuestro sistema educacional, sino que además nos escandaliza que las personas que promueven dicho modelo, no sean capaces de reconocer que ni la educación, ni la salud, ni ningún servicio público concebido como derecho, puede acomodarse de manera mecánica a las leyes del mercado: Querer estudiar en una Universidad de calidad, no puede compararse con querer beber una “Coca-Cola” o comer un chocolate suizo. Y si así se entendiese, entonces no deberíamos sorprendernos porque el día de mañana siga existiendo una “educación para ricos” y otra “educación para pobres”. Tal cual como para el caso de un chocolate, quién tiene más dinero podrá tener la opción de comprar un chocolate más caro y de mejor calidad, y quién tiene menos dinero verá más limitada su opción de compra, teniendo que optar por un chocolate más barato que probablemente será de más baja calidad.

Junto a esa crítica latente que podemos develar en el movimiento estudiantil, identificamos también otra crítica de relevancia que se hace extensiva al resto de los movimientos surgidos en el último tiempo, y que tiene que ver tanto con el modelo político chileno como con la clase política que administra y detenta el poder.

Respecto a esta última, se observa una carencia de proyecto histórico relacionada –entre otras cosas– con dos fenómenos, por una parte la poca novedad económica que han introducido, dado que más bien se han enfocado en la instalación y perfeccionamiento del modelo económico que se inauguró en Chile durante la dictadura de Pinochet; y, por otra, el agotamiento del proyecto político de la “Transición”, es decir del ajuste político y social necesario tras el fin de la dictadura y la paulatina transformación hacia formas más democráticas de gobierno y Estado. Sin ambas cosas, sin “proyectos de país” que impulsan, la clase política comienza fácilmente a verse como un conjunto de personas más o menos ineficientes para resolver nuestros problemas; posiciones anquilosadas en el poder sin otro proyecto que su posicionamiento individual y el de sus partidos.

Lo anterior termina por reflejarse en consideraciones específicas respecto de la clase política y las instituciones que hegemonizan llegándose a observar – por ejemplo – en las encuestas de opinión pública que el Parlamento es una de las instituciones con menos respaldo por parte del pueblo chileno, al mismo tiempo que los partidos políticos presentan una muy baja aprobación por parte de la población.

Junto a la crítica sobre la clase política, se realiza también otra respecto al modelo político que se ha constituido en Chile, el cual se ha comenzado a mostrar estéril e incapaz de dar soluciones a las problemáticas que mueven hoy al pueblo chileno. Esto tiene que ver con que las bases del entramado institucional del Estado chileno se construyeron – en su mayor parte – hace casi 30 años durante la dictadura militar, por lo que se hace evidente que fueron pensadas para tal

periodo o en su defecto para el de “transición a la democracia”, y no para el Chile del presente.

Efectivamente desde la Dictadura se han establecido instituciones estables y duraderas, pero a lo que apuntamos acá es que la estabilidad institucional no dice nada respecto a la fertilidad política y pública que las instituciones tienen. Pueden haber estados e instituciones estables pero completamente estériles en términos sociopolíticos, como sucede actualmente en nuestro país donde se pueden observar instituciones que han permanecido constantes durante años, pero que no han sido capaces de asumir los cambios necesarios para estar de acorde a los nuevos tiempos, demostrando – cada vez mas – una creciente infertilidad.

Bajo esta lógica, el imaginario reivindicativo que sustenta la lucha social empieza a expandirse. Hoy el movimiento de Aysén, pueblo al sur de Chile de escasos treinta y cinco mil habitantes, ha generado un petitorio social que considera demandas que no son propias de un sólo gremio o de un sólo tema en específico, sino que abarcan una amplitud de temáticas y problemáticas sociales que develan que el conflicto no es algo puntual, sino algo sustancial, de fondo: de cómo hoy se construye Chile como país. Estamos frente a las puertas de un cambio de paradigma que nos presenta una sociedad que comienza a transitar hacia un camino que le permite entender que el problema es ulterior, sistémico, de modelo, pero que, a pesar de ello, aún no da el paso definitivo para comprender que por tanto la solución es transformadora, ya que pasa justamente por cambiar aquello que se sabe está mal construido: el modelo sociopolítico y económico de nuestro país.

La incipiente maduración del movimiento social, como se mencionó, se debe a la comprensión efectiva de una realidad desde una forma mucho más compleja, develando el fracaso de las diversas aristas de un sistema sociopolítico y económico que exhibía a Chile como la panacea sudamericana. Aquella ilusión se comienza a desmoronar por los diversos movimientos sociales que, cansados de la negligencia de la clase política, el abandono, el centralismo geopolítico (o sea de Santiago respecto al resto de las regiones del país), el “robo” de nuestras riquezas naturales por parte de las compañías extranjeras, los míseros sueldos, las promesas incumplidas, etc., realizan hoy una crítica profunda a las estructuras políticas, económicas y sociales.

Por otra parte, a diferencia de los movimientos que se originaron en España, Grecia o Estados Unidos, el movimiento social chileno no surge a partir de un contexto de crisis económica o de algún fenómeno similar asociado a un empeoramiento en las condiciones materiales de vida – incluso, como se dijo con anterioridad, lo hace en instancias de que a Chile se le miraba como el ejemplo a seguir en el resto de América Latina.

Es cierto que las condiciones de vida en nuestro país dejan mucho que desear, pero aun así, no nos comenzamos a movilizar porque nos faltara de manera generalizada la comida, el techo o el trabajo – por dar algunos ejemplos más característicos –, sino porque pareciera comenzar a sembrarse la idea de que tanto el modelo político como el modelo económico que la Alianza y la Concertación (los conglomerados de partidos políticos más grandes e influyentes del país) acordaron construir en nuestro país, no están diseñados para dar soluciones a las demandas y problemas del Chile de hoy.

Es en parte por eso que, lo que está latente en el movimiento social de Chile, no es un reclamo en contra de los excesos del capitalismo, sino más bien contra el modelo que se ha ido implementando en nuestro país desde hace 30 años aproximadamente. O sea, no es sólo que nos molesten las consecuencias excesivamente negativas del modelo neoliberal – o, como algunos dicen, las externalidades negativas que genera –, sino que, más importante aún, nos comienza a molestar un modelo de país que está mal diseñado. Modelo que siempre se nos ha querido presentar como exitoso, pero que en realidad – comenzamos a percatarnos – nunca ha permitido efectivamente el desarrollo social y económico de las mayorías, sino sólo el enriquecimiento de unas pocas familias.

Si Chile es considerado como el ejemplo del “éxito económico” para Sudamérica, Estados Unidos lo es para el mundo; o por lo menos, así lo concebimos nosotros. A pesar de la crisis económica, al caminar por las calles de cualquier ciudad estadounidense, sea ésta Nueva York, Los Ángeles, es probable que uno de tres transeúntes tengan en su mano su nuevo y reluciente iPhone, mientras sostienen un Frappuccino de Starbucks con la otra.

Cada año más de un millón de estudiantes se gradúan de excelentes universidades estadounidenses, quienes comienzan a trabajar o a levantar exitosas compañías, incluso de carácter filantrópico. Parece difícil pensar en una sociedad más justa e igualitaria, que ofrezca más oportunidades para el desarrollo de sus ciudadanos. Sin embargo, como consecuencia de la consciencia social generada por movimientos como Occupy Wall Street, la gente está empezando a enfrentar las grandes desigualdades que aquejan al “99%” de la población. De igual forma que los estudiantes chilenos se han hecho conscientes de la estrecha relación entre los problemas que enfrenta la educación pública y el modelo de desarrollo implemen-

tado en el país, en Estados Unidos hemos comenzado a observar las severas consecuencias negativas que son intrínsecas a una sociedad formada en el capitalismo.

El arancel de las universidades sube de forma exponencial, sean éstas privadas o públicas, provocando que el acceso a universidad sea cada vez más para una pequeña élite. Gran parte de la ciudadanía vive sin seguro de salud, sin embargo, cualquier intento por administrar la salud pública es asociado con un retroceso político cercano al “Susto Rojo”, como también a respuestas de índole sexistas. La educación pública y las tasas de graduación en muchos colegios urbanos, rurales y colegios en reservas indígenas, da vergüenza, teniendo en cuenta la calidad de la educación disponible de la que se privilegian muchas personas en EEUU.

En lo que toca a otros movimientos que emergen actualmente en Estados Unidos, es notoria la problemática que se genera en torno a la inmigración: en una nación que no solo se ha construido sobre ella, sino que prospera *a causa* de ella, discriminamos a quienes contribuyen y buscan a su vez el “sueño americano”, incluso a aquellos individuos a quienes se dirigen los “Dream Acts”, individuos que fueron llevados a Estados Unidos sin haberlo deseado necesariamente, siendo todavía niños. La deuda estudiantil ha llegado a USD\$ 1,000,000,000,000 y, mientras el gobierno subsidia la deuda de la banca, la administración política no hace nada para contribuir a subsanar los altos costos de la educación superior. Se siguen enviando a nuestras mujeres y hombres a luchar, a morir por una guerra absurda. Continúan las torturas a personas inocentes en Guantánamo. Los cuerpos y derechos reproductivos de mujeres son determinados por hombres viejos, las grandes corporaciones toman ventaja de los pobres, y frecuentemente estamos sujetos a discursos y medidas racistas, sexistas, y homofóbicas. Todos estos temas, junto con una plétora de otros, están haciendo que sea cada vez más difícil aceptar la sociedad de consumo, capitalista, y pasiva que ha definido a los Estados Unidos.



“I do not want chocolate or flowers... I want the power to choose my life!”
Photo by: Alvaro Benvenuto, La Universidad de Chile – Taken in Santiago, Chile

en los últimos años.

Los estudiantes y los recién graduados de las universidades estadounidenses, crecimos con adultos que constantemente nos recordaban que el mundo estaba lleno de oportunidades, que no había nada inalcanzable. Padres y profesores nos anunciaban una vida feliz y exitosa. Sin embargo estas mismas personas que nos prometían sueños, ahora nos los niegan, burlándose de nuestras deudas, nos llaman prostitutas por demandar anticonceptivos, considerándonos flojos por no encontrar trabajo. Dijeron que no podríamos vivir sin asistir a la universidad, la realidad señala que hoy la universidad no está al alcance de todos ni de todas. Aquellos que nos impulsaron a seguir nuestros sueños, como es para nosotros luchar por la justicia, son los mismos que hoy, cuando queremos empoderarnos y forjar con nuestras vidas un futuro propio, libre e independiente, olvidan todos los consejos y promesas que nos hicieron. Pareciera que lo que querían decir cuando nos decían que siguiésemos nuestros sueños no era más que consumir un discurso, aceptar un sistema, para luego consumir nuestra vida y nuestras almas trabajando en McDonalds. No sospecharon que podríamos desear algo más, que desearíamos luchar contra el capitalismo en vez de contribuir a su desarrollo; no sospecharon que nuestros sueños serían más grandes que una lata de Coca-Cola.

Las demandas del movimiento estudiantil, de la “Guerra del Gas”, y de los habitantes de Aysén difieren de las demandas de los movimientos de Occupy, las protestas en las universidades de California, o la lucha por la igualdad en matrimonio en Estados Unidos. Sin embargo, todos estos movimientos sociales son simi-

ares porque tratan de redefinir la sociedad, buscando cambios que permitan justicia e igualdad para los tiempos y los problemas que hoy nos aquejan. Las metas tienen que ver con hacer cambios profundos y estructurales al modelo capitalista, y para redefinir estos “servicios”, devolviéndoles su lugar como *derechos*, de modo que no puedan ya ser tratados como objetos de consumo. Como mencionamos anteriormente, los movimientos chilenos no son resultado de una crisis financiera como muchos de los movimientos en Estados Unidos. Desafortunadamente, nosotros necesitábamos un gran golpe a la economía para percibir las problemáticas ¿Acaso era necesario aquello para comenzar a luchar contra las desigualdades que enfrenten al “99%”? Creo que no, por lo pronto esta lucha estadounidense está comenzando. Con suerte esta lucha continuará y se hará más fuerte durante las próximas elecciones presidenciales del 2012.

El capitalismo global ha demostrado ser un sistema incapaz de garantizar una producción e implementación adecuada de una educación de calidad, de igual forma que ha fallado en la tarea de distribuir justamente la riqueza de acuerdo a las necesidades y el esfuerzo de cada individuo. Estos fracasos piden una acción fuerte del Estado, una acción que está siendo demandada por agrupaciones sociales en Chile, Estados Unidos y el resto del mundo. Los movimientos sociales a nivel global se están construyendo en diálogo unos con otros, aprendiendo de sus respectivas experiencias. Es por ello que la ineficiencia del actual modelo de “desarrollo ideal” se hace cada vez más evidente a nivel internacional, y cada vez más difícil de ignorar.

Social movements of 2011: Reflections on Chile and the United States

Without doubt the past year has shaken the consciousness of many of us. We have been protagonists in the protests in our respective countries and, together with the availability and immediacy that social networks have provided, we witnessed countless movements in innumerable countries. We have been fighting for diverse reasons but always with great social motives and a strong desire to live in a better country and a better world.

The social movements have been so massive and prominent that *Time* magazine has chosen “The Protester” as the person of the year, and it is not surprising that today students from Chile and the United States are reflecting on the characteristics of our social movements and on the social and political perspectives that they offer, and looking at both the similarities and differences. Beyond the specifics of every social movement and the problems of different countries, 2011 taught us a great lesson – that the model of development that was hegemonically implemented in the world after the Cold War has begun to crack and is now susceptible to mass criticism.

In the case of Chile, for example, the social movements have arisen very quickly, generating protests, all different from one another, that do not cease to impress and that reflect the beginning of a new social and political cycle. Since the “War of the Gas” citizen protests from one year ago in Punta Arenas, a city located in the Chilean Patagonia, the diverse social movements have been multiplying and manifesting themselves in different ways, every time becoming more critical of the model of development. Movements for the environment, housing, health, ports, mines, and students have all defined the struggles of the past year and have marked the



“I pay to study, I study to pay. I do not have a car, I do not have a house, and I still don't even have my degree and I already owe thousands. Quality education and healthcare now!”
Photo by: Kelly Pequet, University of North Carolina at Chapel Hill—
Taken in Santiago, Chile



Photo by: Abigail McDonald-Crook, Colorado State University – Taken in Denver, Colorado

entire socioeconomic model – which is currently characterized by the provision of public projects by private companies, the subsidy demand, and the privatization of public services. The last two points are especially evident in our education system. This means that last year when we mobilized in favor of free and quality public education, we were also working to destroy some of the basic premises of our current socioeconomic model; since as of now it focuses on the supply of demand subsidy in education and private investment in higher education. When we mobilized for free public education and against the investments of private interests in higher education through the State, we were fundamentally putting the brake on the further development of an educational model in accordance with the current socioeconomic model.

It is not only that this supposed improvement in the quality due to private competition does not substantiate in the reality of our system of education, but it also deeply shocks us that the people who promote this model, are not able to realize that neither education nor health, nor any public services that should be designated as basic human rights, can be accommodated in a mechanical way in market laws. Wanting to study in a quality university cannot be compared to wanting to drink a Coca-Cola or to eat Swiss chocolate. If understood this way, it should

changes that are coming.

In turn, this rapid emergence has been accompanied by a pathway of maturation which is evident in the depth and extent of the demands that mobilize the protests. People are coming to the understanding that the social demands are not only about specific issues but that the problems that afflict us are a part of the larger socioeconomic and political models.

The clearest example of this is the student movements of 2011 whose demands implied structural changes to the Chilean education system. Our demands were not – in direct terms – because our scholarships are insufficient or because our tuition is too high. Indeed these are issues that we face, but in practice we understood the issues to be a reflection of something larger, the “tip of the iceberg” of a much more profound problem, which in reality corresponds to the design of the Chilean education system. That is why we promoted changes – like that of free public education – which ultimately aimed to expel the logic of the “market system” which our education system is based around today. It is to say, we mobilize understanding that the privatization of education and the subsidiary role that the State assumes – phenomena which are part of the same – have not generated the development that they had promised us, but instead the exact opposite. They have contributed to forging even greater differences in our society, generating a huge gap between the type and quality of education that a person receives based on the social status of the student.

It is because of this that we believe that the criticism that the students have in regard to the education model also signified a critique of the

not surprise us that tomorrow there will continue existing an “education for the rich” and another “education for the poor”, because exactly as in the case with the chocolate, where the person with more money will have the option to buy a more expensive and higher-quality chocolate, and the person with less money will see their purchasing options limited, thus having to opt for the cheap, low-quality chocolate.

Along with this latent criticism that we can uncover through the student movements, we also identify yet another relevant criticism that extends to the rest of the social movements that have



“My father makes \$370/month, my tuition is \$378/month”

Photo by: Tomás Vasconcelo, La Universidad de Valparaíso— Taken in Valparaíso, Chile



“Social Justice.”
Photo by: Alvaro Benvenuto, University of Chile— Taken in Valparaíso, Chile

recently arisen which has as much to do with the Chilean political model as with the political class who administers and wields power.

One can observe a lack of historical project related to, among other things, two phenomena. The first being the lack of economic development, given that there has been a focus on the installation and perfection of an economic model that was introduced in Chile during the dictatorship of Pinochet. The second being the exhaustion of the political project of the “Transition”; the political and social adjustment that was necessary after the end of the dictatorship and the gradual shift toward more democratic forms of government and State. Without both of these things, without a “national project” to implement, the political class easily begins to be seen as a group of people more or less inefficient to solve our problems and ossified in power without any other project other than their own individual stance and that of their parties.

The above allows us to reflect upon the political class and the institutions that hegemonize; observing, for example, that in public opinion polls Parliament is viewed as an institution with little support from the Chilean people, and at the same time that the political parties also have a very low public approval rating.

Together with the criticism of the political class, there is even more criticism developing in respect to the political model that has been established in Chile which has begun to prove incapable of providing solutions for the issues that face the Chilean people today. This has to do with the foundations of the institutional framework that the Chilean State constructed for the most part almost 30 years ago during the military dictatorship. It is evident that they were intended for such a period, or in the absence of the “transition to democracy”, and not for today’s Chile.

Since the dictatorship there have been established and lasting institutions, but what we aim to point out is that the established institutions do not say anything in regard to the effectiveness of the politics and the public that the institutions have. States and institutions may be stable yet completely incompetent in sociopolitical terms which can be observed today in our country where you can see institutions that have remained constant for years but which have not been able to undergo the changes necessary for keeping up with the times, showing that they are increasingly incompetent.

Under this logic, the image of the assertiveness that sustains the social struggle has begun to expand; recently the mobilized

people of Aysén, a city in southern Chile of around 35,000 inhabitants, have presented a series of demands which are no longer specific to a single union or respond to a certain subject but instead encompass a wide range of themes and social problems which reveal that the conflict is not just ephemeral but more substantial. Essentially: the way in which Chile is constructed today as a country. We are at the gates of a paradigm shift that presents us with a society which begins to transit toward a road which allows the understanding that the problem is ulterior, systematic, endemic to the model, but that, nevertheless, still does not understand that the final step of the solution is the transformation of something which is poorly constructed: the socio-political and economic model of our country.

The incipient maturation of the social movements, as we have mentioned, has led to the effective comprehension of a reality of a much more complex form; revealing the failures of the various parts of a socio-political and economic system that has actually presented Chile as the epitome of South American development. This illusion is being destroyed by the various movements of the

people who are tired of neglect from the political class, the abandonment, the geopolitical centralization (Santiago in relation to the other regions of the country), the “robbery” of our riches by foreign companies, our meager salaries, the broken promises, etc. All of these issues result in today’s profound critique of the political structures, both economic and social.

On the other hand, different from the movements that originated in Spain, Greece, or the United States, the Chilean social movements are not a response to an economic crisis or some similar phenomenon associated with deteriorating living conditions. Additionally, as we mentioned before, they are surfacing at a time when Chile is looked to as an example to be followed by the rest of Latin America.

It is true that the conditions in our country leave much to be desired, but regardless, we have not begun to protest because we are lacking food, roofs, or work – to give a few examples – but instead because there is an idea growing that says that both the political model and the economic model used by *la Alianza* and *la Concertación* (the syndicates of the biggest and most influential political parties in the country) to construct our country are not designed to give solutions to the demands and problems of today’s Chile.

It is partially because of this that, what is embedded in the Chilean social movements, is not a complaint against the excesses of capitalism but instead against a model that has been implemented in our country for approximately the past 30 years. That is, we are not only bothered by the excessive negative consequences of the Neoliberal model – or as some say, the negative externalities that it generates – but even more importantly, we are beginning to realize that the entire model for our country is a poorly designed model. It is a model that they have always wanted to present to us as successful, but in reality – we are becoming aware – it has never allowed the majority to effectively develop socially and economically but only allowed the advancement of a few families.

If Chile is the “economic success story” of South America, the United States is the “economic success story of the world”; or at least we certainly think of ourselves that way. Despite the financial crisis, if you walk down the street in any city from New York to Los Angeles, probably one-third of the people that you pass will have their shiny new iPhone in one hand and a frappuccino from Starbucks in the other. With more than a million students gradu-

ating each year from excellent universities and going on to work for or start successful and – frequently even philanthropic – companies, it is actually difficult to imagine living in a more egalitarian society with even more opportunities for its citizens. However, thanks to the social consciousness brought about by movements such as Occupy Wall Street, the people are starting to realize the great inequalities that face “the 99%”. In the same way that the students of Chile are realizing that the problems facing their public education system are directly related to the country’s entire model of development, we are also realizing the negative and severe consequences of a capitalist-driven society.

University tuition is rising exponentially, and college, even at a public in-state university, is increasingly affordable only to the elite. Tens of millions of our citizens live without health insurance, yet any attempts to administer social medicine are met with extreme backlashes and even shockingly sexist responses such as Rush Limbaugh. The lack of support for public education and the resulting low graduation rates in many inner-city schools, rural schools, and schools on Native American reservations is tragic – especially considering the extremely high quality of education that is available and enjoyed by many in the United States.

To touch on a few more choice developing movements in the United States today: in a nation that was not only built on immigration but continues to prosper because of immigration, we discriminate against anyone wishing to contribute to and seek out the “American Dream” – even individuals such as those that “Dream Acts” are aimed at who were brought to the United States by no choice of their own as young children. Student debt has hit \$1,000,000,000,000, and while the government can afford to bail out banks, policy makers are doing nothing to help make the costs of higher education manageable. Our women and men are continuously sent to fight and die in endless wars, we torture innocent people in Guantanamo Bay, women’s bodies and reproductive rights are determined by men, big corporations exploit and take advantage of the poor, and we are frequently subject to racist/sexist/homophobic discourses and media. All of these issues combined with a plethora of others are making it increasingly difficult to accept the consumerist and capitalist society that has defined the United States in recent years.

Current students and recent graduates in the United States grew up being told that the world is full of opportunities for everyone and we could do anything; no dream was too big or unachievable. If we put our minds to it, we were told by parents and teachers, we could make a successful living just by going to college,

studying hard, and following our dreams. Yet the same society that promised that they would help us follow our dreams is now furiously denying them from us, mocking us for being in debt, calling us sluts for demanding birth control, deeming us lazy for not being able to find jobs. We were told that the only way we would succeed was by going to college, yet college is unaffordable. We were told that we should follow our dreams and fight for what is right – but when it comes down to it the same people who inspired us to dream big are not actually willing to support us in our quests. It seems that what they meant when they told us to follow our dreams was that we should not only buy into the system one Coca-Cola can after another but then aspire to work at the McDonald’s, selling sodas and our souls. They did not expect that what we would want was to fight capitalism, not continue it; that our dreams would be bigger than Coke cans.

The demands of the Chilean student movement, of the “War of the Gas”, and of the people of Aysén are different from the demands of the Occupy movements or the protests at the University of California in the United States. However, all of these social movements seek to construct a more egalitarian society. They seek to provide access to amenities that are available to only a percentage of citizens in our respective countries. Our goals have to do with making profound structural changes to an oppressive capitalist system – to provide more funding and support for public services like health and education and to redefine these services so they are no longer bought and sold like commodities.

As previously mentioned, the Chilean movements are not the result of a financial crisis as many the movements in the United States are. Unfortunately, it did take a huge blow to the US economy to see and start fighting against the inequalities that face the “99%”, and our fight is only starting. Hopefully this fight will continue and grow stronger during the upcoming 2012 presidential elections.

Global capitalism has failed to adequately and justly produce and distribute quality education, and, relatedly, has failed to adequately distribute income according to individuals’ needs and efforts. These failures necessitate strong government action – action that we see being demanded by social groups in Chile, the United States, and elsewhere around the globe. The social movements around the globe are undeniably building off of one another, and more importantly, we are learning from one another. Thus, the social ineffectiveness that the current model of “ideal development” presents is becoming increasingly clearer on a global scale and harder to ignore.



“Students on a hunger strike: 37 days without eating”
Photo by: Tyanna Slobe, Colorado State University – Taken in Santiago, Chile